

—Allí también es época de lluvias —dijo Gretchen.

—¿De verdad? —preguntó Hinzel.

—Ni idea —dijo Gretchen, y el camarero cojo, a quien la entrada de Hinzel había sacado de su ensimismamiento, gritó desde el mostrador:

—¡Señor Hinzel, se va usted a quemar el trase-ro! Hinzel dio un paso apartándose de la estufa, y palpándose murmuró:

—Pues es verdad, está que arde.

Se sentó junto a Gretchen en la mesa, se apoyó en el respaldo de la silla, se balanceó, cerró los ojos y dijo:

—¡Oye! Eso podía haber sido el principio de una autocreación.

—Esos se rocían con gasolina —dijo Gretchen.

—Porque tienen prisa por acabar.

Hinzel sacó del bolsillo de su abrigo un solo cigarrillo, bastante arrugado, se lo puso entre los labios. Pero no lo encendió.

—Encuentro que quemarse lentamente es más fuerte. Te pones delante de la estufa a primeros de

diciembre y te quedas allí. Y en abril no quedará más que el esqueleto. Toda la carne se habrá chamuscado lentamente.

Gretchen no se tomó la molestia de indagar más en las fantasías crematorias de Hinzel. Simplemente murmuró:

—Deprimente. —Y haciendo una señal al camarero gritó—: Por favor, camarero, otra agua mineral.

—¿Estás sin blanca? —preguntó Hinzel.

—No —dijo Gretchen—. En realidad no me apetece nada, pero no puedo pasarme aquí las horas sentada sin consumir.

El camarero cojo llegó y puso un vaso de agua mineral sobre la mesa de mármol. El vaso estaba lleno hasta el borde y mucha agua se derramó.

—¿Y para usted, señor Hinzel? —preguntó el camarero.

—Un trapo para recoger el agua —dijo Hinzel.

El camarero cojo lo miró enfadado y como tenía un ojo enfermo, tremendamente saltón y húmedo, cubierto casi entero por el grueso párpado, la mirada resultó muy amenazadora.

—Y una cerveza grande y un sándwich de queso —dijo Hinzl rápidamente.

El camarero volvió renqueando al mostrador. Gretchen se lo quedó mirando y sacudió levemente la cabeza.

—Cuando no hay clientes está arisco, porque el negocio no funciona —dijo Gretchen—. Y si está hasta los topes, está arisco porque tiene que correr. ¡Ha nacido para ser un infeliz!

—Quizá el lunes esté contento. Es su día de descanso.

Hinzl se quitó el arrugado cigarrillo de sus labios e intentó ponérselo detrás de la oreja, pero el cigarrillo no quería sostenerse detrás de la oreja porque las orejas de Hinzl eran muy pequeñas y estaban muy separadas de la cabeza.

—En Tenerife también hace calor ahora —dijo Hinzl—, y el agua está a veintitrés grados.

Hinzl dejó de tomarse el trabajo de intentar que el cigarrillo se sostuviera en su oreja. Se lo volvió a poner en la boca.

—¿Te vienes conmigo a Tenerife? —le preguntó a Gretchen.

—¡Natural! —dijo Gretchen riendo.

—¿Mañana? ¿O el próximo domingo? —preguntó Hinzl—. Los vuelos chárter salen solo los sábados. ¡Y a medianoche!

Gretchen dejó de reír. Conocía muy bien a Hinzl. Por la cara que ponía y por la forma de hablar parecía que se estaba tomando la cosa en serio.

—Mi queridísima abuela ha soltado algo —Hinzl sacó del bolsillo interior de su abrigo un cheque y se lo tendió a Gretchen—. Es suficiente para los dos. Para un mes o así. Y si no derrochamos mucho, incluso para dos.

Gretchen miró desconfiadamente el cheque. Le parecía imposible que la vieja Zellander-Zellerhausen hubiera dado al chiflado de su nieto semejante suma. Nunca le había dado ni tan siquiera uno de cien. ¡Y para su cumpleaños le había regalado una caja de bombones y dos calzoncillos!

—Empieza a chochar —dijo Hinzl—. Está ya tan esclerótica que a veces incluso se le olvida lo avara que es. —Hinzl se rió—. Ha dicho que no quiere ver más mi mariposa. —Hinzl acarició con